

Camila Bretón - Carolina Cattaneo  
Dolores Caviglia - Lina Vargas

# PUERTAS ADENTRO

Una crónica sobre el trabajo doméstico



## Prefacio

Este libro surgió un día de marzo de 2018. Hacía calor y nos reunimos en un bar del barrio porteño de Chacarita. Nos sentamos afuera, en una mesa en la vereda, éramos cuatro periodistas –ya habíamos publicado un libro de investigación junto a un grupo de colegas–, y esa tarde nos propusimos escribir otro sobre trabajadoras domésticas. Tener un nuevo proyecto juntas nos entusiasmaba. Al día siguiente empezamos a buscar historias, hablamos con mujeres que trabajan en casas de familia cama adentro o por horas. Hablamos con referentes del sindicato que las agrupa, con el de amas de casa; fuimos a la Hemeroteca del Congreso, al tribunal donde se dirimen sus conflictos laborales, a las oficinas a las que van a buscar empleo, a una parroquia donde se capacitan; consultamos a historiadoras, sociólogas, jueces; encontramos libros académicos e informes de organismos con cifras, estadísticas, teorías y análisis. Las voces de las trabajadoras también estaban, pero quizá no de una manera estelar. Y eso es lo que queríamos hacer: volverlas protagonistas de nuestro libro.

A finales de 2019 habíamos entrevistado a más de 30 personas y escuchado distintas historias de vida. Las acompañamos a las casas donde limpian, conocimos sus hogares, esperamos con ellas el colectivo, escuchamos sus relatos en bares, en una feria, a la entrada de un barrio cerrado y

cuando a principios de 2020 empezamos a escribir este libro, se desató la pandemia del Covid-19.

Nuestros trabajos cambiaron, pero nuestros salarios y puestos no corrieron peligro porque pudimos seguir haciendo la tarea de forma remota. Ellas no. A ellas se les prohibió trabajar. A diferencia del personal de salud, o las fuerzas de seguridad, no fueron consideradas esenciales.

Y mientras nosotras nos resguardamos y nos encerramos a desgrabar las entrevistas, procesar datos y escribir, se difundían en diarios y noticieros historias de empleadores que escondían a sus trabajadoras domésticas en el baúl del auto para hacerlas ingresar a los barrios cerrados, actrices famosas que no las dejaban regresar a sus hogares por miedo a que se contagiaran en el camino. La realidad de las mujeres que integran esta fuerza laboral, ya de por sí frágil, empeoró durante 2020. Según el sindicato más de 200 000 trabajadoras registradas perdieron sus aportes o pasaron a la informalidad. También cambió la de aquellas que aparecen en este libro: pese a la prohibición, algunas continuaron trabajando para no quedarse sin ingresos, otras, que iban a varias casas por hora tuvieron que elegir solo una, otras por la crisis general perdieron sus casas y se vieron obligadas a emplearse cama adentro. Muy pocas cobraron, aunque sin ir a trabajar, iban a la casa en la que limpiaban, tocaban el timbre, esperaban a que sus empleadores las atendieran, les entregaran el dinero y entonces regresaban a sus casas.

En marzo de 2020, pocos días después del inicio de la pandemia, el Estado las incluyó en el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), un subsidio mensual de 10 000 pesos que representaba alrededor de la mitad de su salario. Siete meses más tarde fueron autorizadas a volver a trabajar, pero solo se les permitía hacerlo si sus empleadores les garantizaban un traslado particular. La medida resultó demasiado

exigente para aquellos empleadores que no lograban pagarles un remís, o que no tenían auto o cuyas casas estaban muy lejos de las de las trabajadoras.

A lo largo del año, el Gobierno continuó otorgando distintos subsidios a los dueños de fábricas, de restaurantes, de gimnasios, para pagar sueldos, pero no sumó a los empleadores que habían registrado a sus trabajadoras domésticas. Recién en octubre de 2021 lanzó el Programa Registradas a través del cual el Estado paga, durante seis meses, hasta un 50% del sueldo de la trabajadora: el requisito fundamental es que esté en blanco.

En los meses de confinamiento en los que la higiene fue una obligación para evitar el contagio del virus, la ausencia de las trabajadoras se hizo notar para quienes, entonces sin posibilidad de salir de sus casas, además de dedicarse a su trabajo habitual como docentes, psicólogos, abogadas, contadores, diseñadoras y peluqueros, debieron ocuparse también de barrer, cocinar y limpiar el baño.

Cuando la curva de contagios y fallecimientos iba en aumento, los indicadores económicos caían y muchas empresas cerraban, nosotras empezamos a pensar que la vida cambiaba tanto que las entrevistas, los testimonios recopilados, los documentos leídos, los números quedarían desactualizados, que lo que habíamos hecho perdería relevancia. Pero no fue así. Las faltas de garantías laborales, la desvalorización de las tareas y la precarización de los salarios siguen siendo problemas históricos del sector. El porcentaje de trabajadoras domésticas sin registrar se mantiene por encima del 70%, lo que lo convierte en el rubro de mayor informalidad del país.

CAMILA BRETÓN, CAROLINA CATTANEO,  
DOLORES CAVIGLIA Y LINA VARGAS  
Buenos Aires, 26 de octubre de 2021

## Introducción

### Un día como los demás

Lavan la ropa, la secan al sol, cambian las sábanas, atienden las camas, lavan los platos, sirven el desayuno, llevan a los chicos al colegio, hacen las compras, planchan, doblan y guardan la ropa, pasan el plumero y la franela por los muebles del living, desengrasan los azulejos de la cocina, baldean el patio y la vereda, rebozan y congelan milanesas, atienden el teléfono de la casa, limpian los vidrios, pasan la escobilla por el inodoro, cambian toallas, reponen papel higiénico, sacan el sarro de las canillas y los pelos de la ducha, riegan las plantas, reciben la correspondencia, aspiran la alfombra, le dan el remedio al abuelo y lo cambian, buscan a los chicos en el colegio, preparan la merienda, pasean al perro. Les dicen muchachas, mucamas, sirvientas, siervas, criadas, *shikses*, las *keli*, las chicas que ayudan. Según la ley son trabajadoras de casas particulares.

Es el verano de 2019.

Juani abre la puerta del semipiso de la avenida Callao, en el barrio porteño de Recoleta. Camina hacia el cuarto de servicio en silencio y se pone el uniforme. Calienta agua para el café, abre la heladera y anota en un papel lo que tendrá que salir a comprar después de llevarle el desayuno a la cama a Peggy, la señora de 94 años para quien trabaja hace más de treinta.

Paola ceba mate en la casa donde trabaja y vive desde hace veinte años en Villa Ballester, un barrio de clase media en el noroeste del Gran Buenos Aires. Sobre la mesada de la cocina están dispuestos los *muffins* que acaba de hornear. El aire huele a bizcochuelo y el silencio solo es interrumpido por el sonido del motor del lavarropas.

Graciela baja del ómnibus a las seis y veinte de la tarde. Tiene 46 años, piel cobriza y sin arrugas, contextura fuerte y gestos aniñados. Está en la ruta 197, en la localidad bonaerense de Pacheco, justo debajo de un puente donde hay un puesto improvisado de choripanes y bebidas frescas. En este descampado terroso y sucio hacen trasbordo a diario las 10 000 mujeres que trabajan en casas de Nordelta, una ciudad-pueblo conformada por veintitrés barrios cerrados.

Yoselin ya cocinó, ordenó y limpió los espejos en una de las ocho casas de judíos ortodoxos a las que va cada semana. Ahora son las dos de la tarde y mientras toma un licuado de banana en una bolsita de plástico, atiende su puesto de ropa en una feria del barrio porteño de Once. Dentro de dos horas tendrá que cerrar para buscar a su hijo al colegio y, dentro de cuatro, irá a otra casa a cocinar, ordenar y limpiar los espejos.

Carmen se acomoda los anteojos y se acerca a un cuadro colgado en un café del barrio porteño de Núñez, al que llegó tras pasar la mañana en un departamento, planchando. Lleva el pelo alisado y aclarado. Tiene la nariz pequeña, los labios del color de las moras secas, las uñas rojas, pulseras de plata y un collar vistoso. Dice que le gustan mucho las obras de arte, que empezó a interesarse por ellas después de trabajar en casas de clase alta, donde también se acostumbró a tomar, de vez en cuando, una copa de *champagne*.

Elsa camina por una calle de la localidad bonaerense de San Isidro en la que vive una de sus empleadoras. Da pasos

cortos y apresurados, baja la mirada al piso, va ligeramente encorvada. Lleva puesto lo usual: remera, jeans y zapatillas, y al hombro una cartera negra de cuero sintético que sujeta con la mano. Tiene 64 años, los brazos firmes, ojeras profundas, el pelo corto, sano, blanco en las raíces. Mientras camina dice que no sabe qué va a hacer cuando sea vieja, como tantas de las personas que cuidó, y nadie le tenga paciencia y nadie la cuide a ella.

Libby está sentada en un pequeño cuarto-depósito a la entrada de la Escuela de Capacitación para el Personal de Servicio Doméstico en la ciudad de Buenos Aires, que sirve de aula provisoria para la primera clase de coro del año. Con el eco de una descomunal lluvia de verano, canta sin que su voz resalte sobre las otras: “Trabajamos con orgullo y con honor / damos cariño y atención cuidando al niño y al mayor / No se trata de sirvientes y patronos, ahora hablamos de empleadas y empleadores”.

En la Argentina hay más de un millón de trabajadoras de casas particulares. 99% son mujeres y 70% son mujeres pobres. Algunas de ellas protagonizan este libro.

# Índice

<b>Prefacio</b> .....	7
<b>Introducción</b>	
Un día como los demás .....	11
<b>Capítulo 1</b>	
Retrato de una trabajadora .....	15
Juani .....	33
<b>Capítulo 2</b>	
En el origen, la servidumbre.....	37
Graciela .....	49
<b>Capítulo 3</b>	
Referencias verificadas y experiencia comprobable .....	53
Elsa .....	76
<b>Capítulo 4</b>	
Las de afuera .....	79
Elena.....	105
<b>Capítulo 5</b>	
Regístrese, comuníquese y archívese .....	107
Libby .....	128



## **Capítulo 6**

Las tres partes: trabajadoras, empleadores y el Estado..... 131

Yoselin ..... 158

## **Capítulo 7**

Linda, pobre, provinciana..... 161

Carmen ..... 170

## **Capítulo 8**

Se nace o se hace ..... 173

Paola ..... 194

**Bibliografía** ..... 199

## ¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,  
en [www.editorialmarea.com.ar](http://www.editorialmarea.com.ar)  
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y  
recomendaciones este proyecto editorial.

